

dictatorial, se hizo proclamar "Alteza Serenísimá," decretar los honores y tratamientos más extravagantes y para sostenerse en el poder, equipó muy bien y aumentó considerablemente el ejército, poniéndolo en condiciones muy superiores á cuando se trató de defender la patria. A los escritores independientes los persiguió y gobernó despóticamente, procurando centralizar todo el poder en sus manos, como lo intentó cada vez que había ascendido al poder y como lo intentaron también cuantos pretendieron gobernar al país por medio de dictaduras militares.

Revolución de Ayutla.

La desesperación de los pueblos había llegado á su máximum y la Nación, aunque aparentemente tranquila, como siempre que pesa sobre ella alguna dictadura, estaba en una gran efervescencia y sólo faltaba una chispa para encender otra vez la guerra civil.

La chispa fué encendida por el General Don Juan Alvarez, uno de los héroes de nuestra independencia; de esos hombres tan raros en todas las épocas por su patriotismo y su desinterés. El nunca pidió nada á la patria en cambio de su sangre que mil veces derramó por ella; se contentó con verla libre y desde su modesto retiro, gobernando con acierto é integridad el Estado de Guerrero, contemplaba con honda tristeza los frecuentes tropiezos sufridos por la patria que él ayudó á crear. Más tarde, cuando fué nombrado Presidente de la República, con una magnanimidad y un desinterés que raramente encontramos en la historia, renunció ese elevado puesto, dejando en su lugar á quien él juzgaba apto para sustituirlo.

La revolución iniciada en Ayutla y encabezada por el venerable insurgente de quien acabamos de hablar, así como por hombres de gran valer, como Comonfort, fué secundada por toda la Nación, y á pesar de los espléndidos ejércitos con que contaba la dictadura, triunfó en poco tiempo, arrojando del suelo patrio al funesto dictador, é implantando un gobierno netamente popular, al frente del cual estuvo pro-

visionalmente el General Alvarez, designado para ocupar la Presidencia mientras se reunía el Congreso Constituyente y al elaborar la Constitución, determinaba el modo como debía ser electo su sucesor.

Como dijimos antes, el General Alvarez delegó el alto poder con que se le había investido, en su dignísimo colaborador, el General Comonfort. Parece que una de las principales causas que lo determinaron á tomar esa resolución, fué su avanzada edad, la cual no le permitía llevar el grandísimo peso de la administración, en aquella época tan difícil.

La elección que hizo de sustituto no podía ser más acertada, como acierta siempre quien no obedece á mezquinas pasiones, sino que procura inspirarse en los altos intereses de la patria.

Comonfort ciñó sus actos fielmente á lo ofrecido en el Plan de Ayutla, convocó al Congreso Constituyente, dejándolo en entera libertad para que cumpliera su cometido y llevara á cima su magna obra. Gobernó al país con acierto, reprimió los movimientos revolucionarios con actividad y energía, y procuró quitar á las guerras civiles el carácter de ferocidad que siempre habían tenido, usando de una rara magnanimidad con los vencidos.

Congreso Constituyente

El Congreso Constituyente, protegido por el fuerte brazo de Comonfort y aunque en medio de las tremendas agitaciones de partido que conmovían en aquella época á la República, pudo con relativa calma dedicarse á sus labores; el fruto de éstas fué la Constitución proclamada y jurada el año de 1857, en la cual se reconocían todos los derechos del hombre y se daba al país la forma de un gobierno representativo federal, satisfaciendo de esta manera las manifiestas aspiraciones de la Nación.

Los trabajos de ese Congreso son memorables por la magnitud de sus resultados, por el alto patriotismo de sus miembros, por su clarividencia, su elocuencia persuasiva, su serenidad en medio de las tempestades que los amenazaban,

y por último, por su desinterés, virtud cada vez más rara en nuestro tiempo.

Ese Congreso grabó en nuestra historia, con letra indeleble, una de sus páginas más gloriosas, pues justamente podemos vanagloriarnos los mexicanos de poseer una de las constituciones más sabias y liberales del mundo.

La reunión de aquel Congreso es la prueba más elocuente de que en México estamos perfectamente capacitados para la democracia. Como para su elección no se ejerció presión alguna, fueron representantes genuinos, legítimos del pueblo, los que á él concurrieron, y como parte integrante del mismo, concededores de sus necesidades y sedientos de libertad.

Su labor fué admirable, y asambleas tan notables honran á cualquier país. Pero esos hombres necesitan para su desarrollo el ambiente de la libertad; la opresión, la tiranía, los asfixian.

Después de terminadas sus labores, el Congreso Constituyente clausuró sus sesiones, y los ilustres patricios que lo formaban regresaron á sus hogares.

Presidencia de Comonfort.

De acuerdo con la nueva Constitución, se procedió á elegir al Presidente de la República, recayendo el nombramiento en el General Comonfort, quien había revelado notables dotes administrativas, que unidas á su energía y proverbial magnanimidad, lo habían hecho verdaderamente popular.

El General Comonfort empezó á gobernar con dificultades de todas clases, debido principalmente á los continuos pronunciamientos del elemento netamente militarista, que asociado con el clero y el partido conservador, sólo quería el poder para saciar sus ambiciones, pues si bien es cierto que cuando esos afortunados y audaces generales llegaron al poder, dieron algunos decretos favorables al clero, en realidad fué más lo que le quitaron en forma de empréstitos. En cuanto á piedad, salvo su concurrencia oficial á las más

suntuosas ceremonias del culto, poco se preocupaban por los verdaderos intereses de la religión, cuando no se mofaban de ella; por más partidario del clero que fuera Márquez, nunca podremos convencernos que fué un verdadero creyente; así como los demás generales, quienes aunque no tan feroces como éste, no demostraban tener muchos escrúpulos religiosos en ninguno de sus actos, como lo demuestra principalmente la facilidad con que se afiliaban ya á uno, ya á otro partido. Su espada, salvo rarísimas y honrosas excepciones, estaba al servicio de quien pagara mejor y ofreciera más galones.

En vista de tales dificultades, el Congreso, obrando con gran cordura y con patriótica prudencia, invistió á Comonfort de poderes omnímodos, para que pudiera combatir eficazmente á los revolucionarios, y con la unidad de mando, tan necesaria cuando las naciones pasan por sus grandes crisis, pudiera remediar la situación y restablecer el orden.

A pesar de esta noble conducta del Congreso, Comonfort, obedeciendo á inexplicable sugestión, él que había sido

tan leal para cumplir lo pactado en el Plan de Ayutla y que había dado tantas pruebas de patriotismo, de prudencia y de rectitud, se resolvió á dar el funesto golpe de Estado para investirse con el poder dictatorial y convocar á otro Congreso Constituyente, porque le parecía que la Constitución, que él mismo había jurado cumplir y hacer cumplir, no llenaba las aspiraciones nacionales.

En presencia de estos hechos, se encuentra el historiador abrumado, aterrado, no acierta á explicarse cómo un hombre tan recto y noble haya cometido una falta tan imperdonable; un hombre tan apegado á la ley, la haya roto en sus manos, y por último, quien respetó como un ofrecimiento sagrado el que hizo en las efusiones de la victoria, diciendo: "los heridos pertenecen á Dios, yo los perdono," no se acordara, antes de romper la Constitución, que hacía dos meses había jurado solemnemente cumplirla y hacerla cumplir.

Sin embargo, el hecho existe y hay que buscarle una explicación.

Esta es muy sencilla, si seguimos el hilo de la idea que hemos venido desarrollando.

Comonfort, á pesar de sus brillantes y notables cualidades, era ante todo militar, y mal se aviene un militar acostumbrado ó mandar sus ejércitos, con que se le haga ninguna observación; á tener un Congreso á quien consultar en todos sus actos, El acostumbrado á mandar, no puede obedecer, y menos un militar que, como él, había conquistado tan frecuentemente las palmas de la victoria, no podía verse subordinado á una asamblea de particulares, de hombres que no sabían ni manejar el sable.

Además, Comonfort había sido el principal motor de la revolución contra la dictadura; á él debía la patria su libertad, y tenía que pagarle caramente sus servicios. Un año de Dictadura que había ejercido legalmente, lo había encariñado con el poder; ya no podía tolerar congresos que estuvieran sobre él. Quien había libertado á la patria de las garras de la Dictadura y que en cien combates había derrotado á los enemigos del orden, tenía más derecho á gobernar, que esa Asamblea de demagogos que nada habían hecho, sino apresurarse á disfrutar de las victorias obtenidas con su espada.

Comonfort, al dar su golpe de Estado, «cambió sus títulos legales por los de un miserable revolucionario,» según sus palabras textuales. La razón en que se apoyaba, fué que no podía gobernar con la Constitución; pero los hechos vinieron á demostrar cuan grande era su error, puesto que mientras gobernó constitucionalmente, su administración gozó de tal prestigio y estuvo apoyado de un modo tan unánime por la nación, que su gobierno parecía incommovible, é indudablemente si no hubiera cometido falta tan trascendental, se habría ahorrado la patria muchos ríos de sangre y más pronto hubiéramos recobrado la paz, y con ella,

el progreso en todos los ramos. Por lo menos, tal es la opinión de la mayoría de nuestros historiadores.

Son raros los casos que nos presenta la historia, en que á las faltas sigan tan de cerca sus funestas consecuencias.

Comonfort, Presidente Constitucional, tenía el apoyo de la Nación entera.

Comonfort, revolucionario, ocho días después de su golpe de Estado no contaba ni con la ayuda de quienes lo indujeron á cometer falta tan grande; las fuerzas que se pronunciaron á su favor, fueron las primeras en volverse contra él, y tuvo que salir de su país á llorar en el destierro los males que en un momento de ceguedad produjo á su patria.

Otro ejemplo que no conviene olvidar: un hombre como éste, tan merecedor á los más altos honores y á la gratitud nacional; de una prudencia y un tacto admirables, de una conducta irreprochable, de un desinterés y patriotismo á toda prueba, cometiendo en un momento de ceguedad, de locura ó de debilidad una falta irreparable! ¡Desgraciados pueblos cuyos destinos dependen de la vida, voluntad ó capricho de un solo hombre!

Guerra de tres años. La única falta cometida por un hombre que siempre prestó servicios eminentes á la patria, volvió á aca-

rear sobre ella todos los horrores de la guerra civil durante tres años, pues el Jefe de las fuerzas que proclamaron el Plan de Tacubaya, una vez dado el golpe de Estado á favor de Comonfort, juzgó que podía dar otro golpe á su favor y así lo hizo, rebelándose contra el que acababa de investirse con los poderes dictatoriales y ocupando la codiciada silla presidencial, de donde arrojó á su antiguo ocupante. Quien esto hizo, el General Zuloaga, había ocupado un puesto de gran confianza entre las fuerzas liberales y comprendió que éstas no podían aprobar su conducta, ni menos aún apoyarlo, y se pasó al bando opuesto, al partido conservador, el cual con estos elementos y casi todas las fuerzas de línea que se pa-

saron á su lado, emprendió la obra de asegurarse en el poder, persiguiendo á los liberales, quienes en aquellos momentos se encontraban en condiciones angustiosísimas, pues casi todas las fuerzas de línea, los elementos de guerra y los mejores generales, sostenían al nuevo gobierno que se había instalado en la Capital de la República.

Sin embargo, las ideas liberales habían echado hondas raíces en la conciencia pública, porque se vió que de ningún modo atacaban los verdaderos intereses de la religión, y si aseguraban á todos los ciudadanos el uso de sus derechos, de esos sagrados derechos del hombre, que una vez reconocidos, lo elevan de la categoría de siervo á la de ciudadano; de la de esclavo á la de hombre libre.

Los defensores de esos principios se encontraban diseminados por el vasto territorio de la República, sirviéndoles de centro de unión, de jefe, la grandiosa figura de Juárez, quien siendo sustituto del Presidente de la República por derecho, había recogido el poder perdido por Comonfort, primero por su golpe de Estado y después por delegación que hizo, según declaraciones al efecto.

Juárez, investido de la legalidad de que se había despojado Comonfort, recogió el prestigio que aquél tenía, prestigio que supo acrecentar con la rectitud de sus actos, su admirable serenidad en los más grandes peligros, su indomable constancia, su honradez acrisolada, su patriotismo á toda prueba.

Juárez era la encarnación de la ley, el representante genuino de la legalidad y respondía á las aspiraciones de la parte sana de la Nación, tanto del elemento civil, como del militar que se preocupaba por la prosperidad y la tranquilidad de su patria. La prueba de esto fué que los jefes que permanecieron fieles á la causa de la Reforma, jamás se rebelaron contra él ni desconocieron sus órdenes, á pesar de que él, sin medios de acción para hacerse obedecer de sus generales, permanecía bloqueado en Veracruz.

En esa lucha tremenda se había adueñado del poder el ele-

mento malsano del ejército, en aquella época predominante, ó sea el militarismo de siempre; pero careciendo de jefe con quien la patria hubiera contraído esas deudas que á tan alto precio ha tenido que pagar. Por ese motivo no tenía ese elemento la fuerza de otras veces y aunque sus jefes eran mucho más hábiles y audaces y contaban con mayores elementos de guerra, no podía ostentar ninguno de ellos, laureles conquistados en alguna guerra extranjera.

Además, la Nación había comprendido cuales eran sus verdaderos intereses; tantos años de guerras intestinas, tan numerosos ensayos de régimen político, habían constituido una verdadera escuela, y el pueblo había manifestado de un modo claro y terminante cuando había podido nombrar con libertad á sus representantes, que estaba cansado del centralismo, porque sólo servía para sostener dictaduras militares, las cuales siempre habían oprimido al pueblo, privándolo de todas sus libertades y que optaba resueltamente por el sistema federal representativo.

La mejor prueba de ésto, fué que los Constituyentes de 57 no solamente no recibieron presión ninguna para formular las grandiosas bases de su magna obra, sino por el contrario, su labor era desaprobada por el Jefe Supremo del Gobierno, Gral. Comonfort; pero éste, á pesar de que no aprobaba los trabajos del Congreso, nunca se atrevió á ejercer presión alguna para que obrara según su parecer, y obrando con cordura y patriotismo, respetó los fueros de los Constituyentes, á quienes dejó que trabajaran en libertad.

Por tales razones, la Constitución de 57, debía ser en lo sucesivo la bandera que seguirían todos los buenos hijos de México, y esa bandera era llevada muy alto dignamente por el gran Juárez, que al fin logró vencer á los reaccionarios, á los militares ambiciosos que encubrían su ambición bajo la sombra de la religión, á la parte maleada del clero, la ignorante de «que su reino no es de este mundo» y de su deber en limitarse á ejercer saludable influencia sobre las conciencias, sin temor á la luz del liberalismo, porque éste no ha

venido sino á poner en práctica las enseñanzas de Jesús: á levantar al oprimido, á castigar al orgulloso.

Después de las victorias obtenidas por las fuerzas liberales en Silao y Calpulálpam, se consolidó el triunfo del partido de la legalidad y Juárez volvió á la Capital de la República para seguir gobernando la Nación, con ese patriotismo, esa energía y esa imperturbable serenidad de que siempre dió pruebas.

Tratado Mac-Lane Ocampo.

Sin embargo, un acto cometido por él en un momento de desaliento, nos obliga á abrir un paréntesis.

Juárez, por las necesidades de la guerra, estaba investido de poderes dictatoriales, de los que siempre usó con prudencia y magnanimidad; pero como hombre que era, tuvo un momento de desfallecimiento, y él, que siempre se distinguió por su impasibilidad ante el peligro, por su serena constancia cuando se trataba de defender los grandes intereses de la patria, por su inquebrantable fe en la justicia y en el triunfo final de la causa que sostenía; él, á quien con orgullo reconocemos como uno de nuestros hombres más grandes y que en países extranjeros, aunque hermanos, ha sido declarado Benemérito de la América, tuvo un momento de debilidad y pactó el tratado Mac-Lane-Ocampo, que de haber sido aprobado por el Senado Americano, habría constituido una gran amenaza para nuestra integridad nacional.

Hablamos de tan desgraciado incidente, sólo para hacer resaltar el hecho de que siempre es peligroso para los pueblos dejar todo el poder en manos de un solo hombre. Ya vimos como uno, con los méritos de Comonfort, en un momento de ofuscación cometió una falta que costó á la República tres años de guerra civil, y ahora vemos al inquebrantable patriota, en un momento de desfallecimiento, cometer una falta que pudo acarrear grandes males á la patria.

Falta que algunos escritores apasionados han querido hacer aparecer como una traición, no puede ser considerada como tal por ninguna persona imparcial. Nosotros creemos que

debe considerarse como una debilidad de nuestro grande hombre. Ese tratado no tenía ninguna cláusula por la cual se cediera alguna pulgada de territorio nacional, y sólo hacía concesiones que podrían constituir un peligro para la patria igual al que podrá resultar del permiso concedido últimamente por el Gobierno del General Díaz á la misma Nación, para que estacione buques carboneros en la Bahía de la Magdalena y para que su escuadra haga en aquel punto sus ejercicios de tiro al blanco.

Somos de los que consideran amenazadora la concesión hecha á la vecina República del Norte para que haga uso de la Bahía de la Magdalena; pero no por eso hemos dicho ni pensado que el General Díaz traicionara á la Patria. Consideramos este acto como una prueba de debilidad de un hombre cercano á los 80 años ó bien de extremada condescendencia hacia el ilustre huésped que tan hábilmente supo halagarlo.

El tratado Mac-Lane-Ocampo lo consideramos igualmente como un acto de debilidad de Juárez: debilidad que todos los hombres están sujetos á sufrir en determinados momentos de la vida. El mismo Jesús de Nazaret, el ejemplo de más pura abnegación que ha venido al mundo, teniendo la visión de lo que le esperaba, tuvo sus momentos de desfallecimiento en el Monte de los Olivos, cuando lloroso dijo á su Padre: «Si es posible, aparta de mí este cáliz. . . .»

A los hombres no podemos juzgarlos por un acto, ni por varios actos aislados de su vida. Todos tienen acciones buenas que presentar en su abono, acciones perversas que constituyen una deuda terrible.

El mismo hombre puede cometer acciones meritísimas y otras vituperables y no es raro encontrar en la vida de algún criminal empedernido acciones tan bellas, que conmueven, pero también, no hay hombre por grande que sea, que no haya cometido sus faltas. Sin ir muy lejos, nuestra historia nos presenta muchos ejemplos, pues ni el más immaculado de nuestros héroes dejó de cometer alguna falta, y

aunque la cometiera de buena fe, no por eso dejó de tener consecuencias funestas para la Patria. Apoyaremos en hechos nuestra afirmación, y sin el deseo de denigrar á seres cuya memoria veneramos y cuyas faltas encontramos muy disculpables, citaremos algunos ejemplos además de los de Comonfort, Juárez y Díaz, de que acabamos de hablar.

El venerable cura Hidalgo cometió una falta de consecuencias trascendentales no ocupando la ciudad de México después de la batalla del Monte de las Cruces. Esa falta fué cometida debido á los sentimientos humanitarios del venerable sacerdote; pero es indudable que si hubiera ocupado la Capital, el mal causado á sus habitantes no habría guardado relación con los beneficios para la causa de la Independencia.

El cura Morelos dió pruebas de ser un gran conocedor del arte de la guerra, un gran organizador, habilísimo administrador y un verdadero clarividente; y á pesar de esto, cometió el error de convocar á un Congreso y querer gobernar con él, en plena guerra, siendo lo único que podría dar resultado en aquel caso, un gobierno militar, como estaba establecido de hecho. En otra parte hablamos ya de este asunto y lo comentamos suficientemente.

Guerrero y Bravo, tan nobles, tan desinteresados, que han escrito con su espada y magnanimidad algunas de las páginas más bellas de nuestra historia, también cometieron la falta de ser de los primeros iniciadores del régimen de pronunciamientos y asonadas militares.

Pero cerremos este largo paréntesis para proseguir nuestra narración.

Presidencia del señor Lic. Benito Juárez.

Una vez establecido en el poder el gobierno de la legalidad, sostenido por el inmenso prestigio de ésta y conquistado por el grande hombre que estaba á su cabeza, rápidamente se estableció el orden en toda la República, pues el gobierno era sostenido por la Nación entera y tenía á su ser-

vicio las espadas que tan brillantes triunfos le dieron en Silao y Calpulalpan.

Además, Benito Juárez unía á su apego á la ley, una inquebrantable energía, y había logrado subyugar con su grandeza de alma á todos los jefes liberales, que lealmente sostenían á su gobierno como al representante de la legalidad y al portaestandarte de la Constitución de 57, lo cual, como hemos dicho más arriba, había servido de centro de unión y de bandera á todos los buenos hijos de México.

El militarismo había sufrido un golpe mortal, porque los nuevos jefes del ejército sólo ambicionaban la tranquilidad, el progreso y la felicidad de la patria, y satisfacían esa noble ambición sirviéndola con infatigable celo.

Los jefes de las antiguas asonadas habían tenido que huir sin esperanzas de volver.

Todo parecía tranquilo, pues los principios liberales y el sistema federal representativo, habían triunfado en las sangrientas revoluciones y después de la última, ya estaban tan desprestigiados los enemigos de la Libertad, que su grito de guerra: "Religión y fueros", ya no había casi ni quien lo pronunciara, ni menos aún quien siguiera á uno que otro insensato que intentaba perturbar el orden con ese pretexto.

Elección del Lic. Benito Juárez para la Presi- dencia de la República.

Terminada la guerra civil, el gobierno de don Benito Juárez convocó á la Nación para que eligiera Diputados, Magistrados y el nuevo Presidente de la República á quien debía entregar las riendas del poder.

Dos candidatos principales se disputaron ese puesto: Juárez, que con su estoicismo y constancia había salvado las instituciones liberales, y el magnánimo jefe González Ortega, que con su espada victoriosa había sido quien decidió el triunfo de la Reforma.

La balanza se inclinó por Juárez, y González Ortega,

aunque consciente del inmenso prestigio de que gozaba ante la Nación, y sobre todo en el ejército, se inclinó ante el fallo del voto público, y puso su espada al servicio de su contendiente, conquistándose con ese acto, mayor gloria que la que hubiera podido conquistar gobernando hábilmente á su patria después de haber desconocido su voluntad, y haber arrojado con las armas en la mano á su legítimo representante, del puesto que ocupaba.

¡Otro ejemplo que imitar!

La Nación, después de haber conquistado tan preciosos bienes, y contenta de tener al frente de sus destinos al inmortal Juárez, creía que era llegado el momento de reposar, á fin de curar sus heridas y restañar la sangre que aún manaba; pero estaba en un error: el triunfo de las ideas liberales no se había logrado sin lastimar grandes intereses; las leyes de Reforma habían privado al clero de sus riquezas, y éste difícilmente se resignaba á ello; además, las guerras civiles encienden y alimentan terribles pasiones, y con frecuencia se ha visto á un partido prefiriendo sacrificar la independencia de su patria, con tal que el partido contrario no ocupe el poder.

Guerra de la Intervención Francesa.

Tal cosa pasó en México: uniéronse al clero los conservadores más recalcitrantes y apasionados, así como algunos de los generales que habían perdido la esperanza de cometer sus fechorías acostumbradas, desde que el partido liberal obtuvo triunfos tan importantes, que lo habían consolidado definitivamente, é intrigando con habilidad en Europa, lograron acarrear una tormenta sobre su patria, haciendo que tres naciones poderosas mandaran sus barcos de guerra y sus ejércitos á nuestras playas.

De estos hechos tan tristes encontramos en la historia muchos casos; pero sólo citaremos algunos, siguiendo la costumbre que hemos observado en el presente trabajo, de apoyar todas nuestras afirmaciones en hechos históricos, á fin

es sacar de ellos la luz necesaria para iluminar los asuntos más oscuros.

Para no remontarnos muy lejos, recordemos la conducta de los emigrados franceses durante la Revolución: ellos fueron á engrosar las filas de los enemigos de la patria, de los que pretendían desmembrarla, tan sólo por no estar conformes con el gobierno que aquélla le había dado.

La República de Cuba nos dió recientemente un tristísimo ejemplo: el presidente Estrada Palma, viendo que no podría asegurar su reelección ni luchar contra el partido liberal, solicitó la intervención del Gobierno Americano, la cual ha costado tan caro á la Perla de las Antillas. Los hechos posteriores han venido á probar lo apasionado del juicio que Estrada Palma tenía acerca de los liberales, puesto que á éstos será á quienes los americanos dejen en el poder después de evacuar la isla, y de haber intervenido para que las elecciones se verifiquen libremente (á lo menos esto se deduce de las noticias que nos trae el cable, pues en la fecha en que escribimos estas líneas, Octubre de 1908, aun no se resolvía la cuestión). (1)

Por último, para que en nuestro país se llevara á cabo el tratado Mac-Lane Ocampo, indudablemente que entre otras razones obró el profundo despecho de Juárez y su Gabinete contra el partido contrario, que tantas amarguras había acarreado á la patria.

Tales son las funestas consecuencias de las guerras civiles, que encienden entre hermanos odios inextinguibles, odios que les hacen perder hasta la noción de patriotismo, pues ciegos por la ira, sólo desean ardientemente la ruina de sus enemigos, aunque arrastren á la patria en su caída.

Por eso debemos felicitarnos de que treinta años de paz y la política conciliadora del General Díaz hayan acabado con esos profundos rencores que nos tenían constantemente

(1) Después de publicada la primera edición, los acontecimientos han demostrado la exactitud de nuestro dicho, puesto que en las elecciones generales, el partido liberal resultó triunfante, y al abandonar los americanos la Isla, es á ellos á quienes dejaron en el poder.

divididos. Esa política de conciliación, tan frecuentemente vituperada, la juzgamos como uno de los timbres de gloria más legítimos del General Díaz, lo cual declaramos con satisfacción, para probar que no somos apasionados, y que siguiendo las indicaciones de nuestro escaso criterio y de nuestra amplia buena fe, procuramos dar "al César lo que es del César".

Ha de dispensar el lector tan frecuentes digresiones del principal tema desarrollado en este capítulo; pero no es propiamente un trabajo histórico el que presentamos al público; buscamos más bien en la historia el material necesario para el desarrollo de nuestra tesis, y juzgamos indispensable comentar tales hechos, á fin de aprovechar las deducciones que nos sugieran en la parte más importante de nuestro modesto trabajo.

Volvamos á la vituperable acción cometida por los elementos del partido conservador, aliados con los militares que no veían su ambición satisfecha con el régimen dominante.

Por medio de emisarios mandados á Europa, que trabajaron sordamente pero con constancia, lograron esos malos mexicanos seducir la aventurera imaginación de Napoleón III, y éste, enmascarando sus propósitos de establecer una monarquía en México, invitó á Inglaterra, España y Estados Unidos de América, para unirse, con el fin de hacer á México las reclamaciones por perjuicios que pretendían haber recibido sus nacionales. Los Estados Unidos no aceptaron la invitación, pero sí Inglaterra y España, celebrando un convenio con el Emperador de los franceses, para mandar sus escuadras á Veracruz, con algunas fuerzas de desembarque.

Llevaron adelante lo pactado, y ocuparon el puerto de Veracruz los ejércitos de las potencias unidas.

El gobierno de Juárez entabló desde luego negociaciones diplomáticas y observando un lenguaje correcto, pero enérgico, digno y prudente, logró disolver en parte la tempestad que amenazaba nuestra patria, obteniendo que las fuerzas

de Inglaterra y España evacuaran el territorio nacional.

Tan brillante triunfo diplomático se debió también en gran parte á la buena fe de los representantes de Inglaterra y España, quienes no quisieron precipitar á sus países en una guerra injusta, y á la hidalguía, caballerosidad y patriotismo del General Prim, cuyo noble comportamiento tanto ha influido para estrechar los lazos que nos unían á nuestra madre patria, después de haber estado largo tiempo á punto de romperse.

La hábil, digna y sincera diplomacia del gabinete de Juárez, no podía convencer al representante de Francia, porque traía instrucciones terminantes, aunque reservadas, en abierta pugna con los convenios de Londres, consistentes en no admitir ningún arreglo con el gobierno de Juárez, sino de penetrar hasta la Capital, procurar la pacificación del país y coronar Emperador de México al Archiduque Maximiliano, de la casa reinante de Austria.

Por tal motivo fué imposible todo arreglo con los representantes de Napoleón III, y principiaron las hostilidades, dando desde luego pruebas de su mala fe con el hecho de no haber respetado los tratados de la Soledad, según los cuales, al romperse las hostilidades, las fuerzas invasoras debían retirarse á ocupar los puestos que tenían antes de firmar dichos tratados.

En esta guerra, la suerte corrida por las armas nacionales fué diversa, y lo que indudablemente nos dió el triunfo, fué la inquebrantable firmeza de Juárez, que tremolaba en su mano la bandera de 57, unida á la de independencia patria, porque él, electo legalmente Presidente de la República, era su representante legítimo y con este carácter lo reconocían los jefes militares.

Al principio de la guerra, las armas nacionales lograron cubrirse de gloria en la memorable batalla del 5 de Mayo, en la cual el modesto y valiente General Zaragoza rechazó con fuerzas inferiores en número, á las aguerridas huestes napoleónicas.

En esa batalla se distinguieron todos los jefes mexicanos, contándose entre ellos el General Porfirio Díaz, actual Presidente de la República.

El resultado de ese triunfo fué inmenso desde el punto de vista moral, porque demostró al mundo que la fuerza de México era de tenerse en consideración y no se le podía humillar impunemente.

Por desgracia, á tan brillante triunfo sucedieron una serie de desastres, principiando en Orizaba, donde nuestras fuerzas se derrotaron casi solas debido á un golpe audacísimo de los franceses, quienes atacaron con fuerzas insignificantes el cerro del Borrego, siendo ayudados eficazmente por la oscuridad de la noche y por la confusión que el inesperado ataque llevó á las fuerzas mexicanas.

Más tarde, cuando el ejército francés fué considerablemente reforzado y volvió á tomar la ofensiva, las fuerzas mexicanas se encerraron en Puebla, é hicieron una defensa heroica, considerada como una de las páginas más brillantes de nuestra historia militar; pero de consecuencias fatales para la República. Efectivamente, al tomar el enemigo la plaza, la nación perdió casi todos sus elementos de guerra, sus ejércitos más bien organizados y muchos de sus jefes más hábiles.

El Gobierno de Juárez hizo cuanto pudo por auxiliar la plaza, mandando un convoy sostenido por fuerte columna al mando del General Comonfort; pero fué derrotado completamente y no pudo prestar el auxilio tan necesario para la plaza sitiada.

Descalabros tan funestos para las armas nacionales, abrieron las puertas de la Capital de la República á las fuerzas invasoras, y Juárez, acompañado de su Gabinete, evacuó la Capital y fué á establecer su gobierno en los Estados que se encontraban libres, viéndose obligado á cambiar frecuentemente de residencia, y llevó á cabo esa famosa peregrinación hasta los límites de la República, en la que dió nuevas pruebas de su inquebrantable fe en el triunfo final

de las armas nacionales, porque con su rara clarividencia, sabía cuan grande es la fuerza del derecho, y estaba consciente del que le amparaba.

Juárez, en su peregrinación, tremolando constantemente la bandera de la independencia; representante siempre digno de la patria; imperturbable, sereno, incorruptible, servía de centro de unión á todos los buenos mexicanos que fieles militaron bajo las banderas republicanas hasta obtener el triunfo definitivo de la República.

En esa guerra volvió á darse el mismo caso que en la de Reforma: los que defendían á la patria en aquellos momentos, no tenían más ambición que salvarla, y comprendiendo cuan funesta hubiera sido cualquiera división, y subyugados por el prestigio de Juárez, pelearon en unión perfecta, ayudándose mutuamente los jefes militares en sus respectivas operaciones, sin que estos movimientos fueran en ningún caso entorpecidos por celos ó por envidia.

¡No cabe duda que los grandes peligros despiertan las grandes virtudes, así como los placeres y la molicie, energan las más nobles facultades del alma!

Una vez disuelto en Puebla el principal cuerpo de ejército, y ocupado el centro de la República por las fuerzas invasoras, la defensa tomó un carácter parecido al de nuestra guerra de Independencia, pues ocupado el país en su mayor parte por los ejércitos franceses, tan aguerridos, bien equipados y rápidos en sus movimientos, era muy difícil para los republicanos organizar grandes ejércitos con los pocos elementos de que podían disponer, y se limitaron á la organización de guerrillas, las cuales, pudiendo siempre esquivar el combate cuando comprendían que la suerte les sería adversa, podían emprenderlo tan pronto como juzgaban la victoria segura, debido á la gran movilidad que les proporcionaba la falta de pesada artillería y de voluminosos bagajes.

En esta clase de guerra sobresalen nuestros compatriotas,

eficazmente ayudados por la configuración del territorio nacional.

A pesar de las numerosas defecciones en las filas republicanas ocasionadas por los continuos triunfos de los invasores, y á pesar de que éstos tenían como aliadas á numerosas fuerzas de mexicanos traidores y conocedores del terreno, la causa de la independencia fué defendida sin descanso por muchos jefes republicanos, á quienes nunca abatieron las derrotas ni los mayores desastres.

Jefes tan dignos de la veneración nacional por su constancia, nunca desmayaron en sus esfuerzos para atacar los puestos del enemigo, que no era dueño sino del terreno que pisaba, y estaba obligado á marchar siempre en gruesas columnas, porque las pequeñas eran atacadas y frecuentemente destrozadas por los incansables jefes republicanos.

Evacuación del Territorio Nacional por las fuerzas francesas.

Resistencia tan heroica, hizo gastar á Francia enormes sumas de dinero, perder en combates estériles sus mejores soldados, y disipar las esperanzas abrigadas por Napoleón III, de llegar á consolidar el Imperio Mexicano y obligado á retirar sus huestes para llevarlas á su país, á pagar muy caro el atentado cometido en nuestra patria.

¡Pobre pueblo francés, tan duramente castigado por haber inclinado la cabeza ante el descendiente del gran Napoleón!

Ese hombre nefasto para su patria y también para la nuestra, es el unico responsable de tanta sangre derramada.

¡Otro ejemplo del tremendo castigo que reciben los pueblos que abdicen de su libertad; del peligro de dejar el poder en manos de un solo hombre!

Una vez retiradas las fuerzas francesas del territorio nacional, se desplomó el llamado imperio de Maximiliano, porque las fuerzas traidoras que lo sostenían, ni eran suficientemente numerosas, ni tenían ese entusiasmo, esa fe, que hacían invencibles á los republicanos.

El golpe de gracia lo recibió el Imperio con la toma de Querétaro, en donde el llamado Emperador y sus principales generales fueron hechos prisioneros, juzgados y condenados según las leyes del país.

Acontecimiento de tal importancia, permitió al General en jefe de las fuerzas sitiadoras de Querétaro, don Mariano Escobedo, desprender parte de sus fuerzas para estrechar el sitio de México, iniciado por el General Díaz con buen éxito.

La plaza tenía que rendirse tarde ó temprano; las fuerzas sitiadas estaban desmoralizadas y nunca podrían hacer una salida con éxito. Por estas razones procedió el General Díaz con gran cordura al no atacar la ciudad, para evitar derramamientos inútiles de sangre.

Reflexiones sobre la guerra de Intervención

En esa larga guerra muchos fueron los jefes republicanos que se distinguieron por su inquebrantable constancia, su incansable actividad y su lealtad á la causa republicana.

De esos héroes descuellan tres: Escobedo, Corona y Díaz. Todos ellos combatieron con constancia y obtuvieron frecuentes victorias sobre las fuerzas francesas.

A los tres debía la patria grandes servicios, y aunque la adulación ha querido atribuir al actual Presidente de la República la mayor parte del mérito en aquella gloriosa guerra, allí está la historia, imparcial para pesar las acciones de cada quien, y si bien es cierto que las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, las tomas de Puebla y México, son timbres de gloria muy legítimos para el General Díaz, también lo es que Escobedo obtuvo victorias mucho más importantes por el número de combatientes y por los resultados obtenidos, como la de Santa Gertrudis, y que la toma de Querétaro fué de resultados más trascendentales que las de Puebla y México. Además, las fuerzas de caballería que destacó Escobedo en observación de Márquez, le estorbaron

el paso á Puebla y permitieron al General Díaz tomar por asalto aquella ciudad el 2 de Abril.

A esta toma de Puebla se le ha querido dar una importancia exagerada, al grado de celebrar como fiesta nacional el aniversario de ese hecho de armas.

Sólo la adulación, que pocos escrúpulos tiene, puede haber concebido tal idea, pues en nuestras guerras civiles y extranjeras contamos hechos más gloriosos y de mayor trascendencia.

Las fuerzas que defendían á Puebla estaban completamente abatidas y eran muy inferiores en número á las de los asaltantes, como lo demuestra el hecho de que en muy pocas horas se apoderaron éstas últimas de la plaza.

No es nuestro ánimo menoscabar la gloria del General Díaz y de su ejército por el éxito obtenido en aquella jornada; pero sí nos parece injusto querer darle una importancia exagerada para opacar la gloria de otros caudillos que tuvieron aún mayor mérito que él, pues no solamente el General Escobedo obtuvo victorias de más trascendencia que el General Díaz, sino también la campaña de Sinaloa por el General Corona fué mucho más activa, más brillante y de resultados muy superiores á la verificada por el General Díaz en Oaxaca durante la intervención; las batallas de Miahuatlán y la Carbonera, no pueden pesar más que la campaña de Sinaloa, puesto que fueron dadas cuando los franceses estaban evacuando el territorio nacional, mientras que el General Corona tuvo constantemente en jaque á los franceses y no les permitió salir de Mazatlán y Guaymas, sino para hacerles sufrir derrotas tras derrotas, habiendo logrado que las capitales de aquellos dos Estados y todo su territorio, á excepción de los dos puertos mencionados, estuvieran siempre ocupados por las fuerzas republicanas.

En cuanto á la toma de Puebla, la acción fué dada contra fuerzas mexicanas, puesto que eran muy pocos los austriacos que se encontraban en la ciudad, y por las razones ya expresadas, no puede considerarse esa jornada la más glo-

riosa de la guerra de Intervención, ni mucho menos al grado de celebrar su aniversario como día de fiesta nacional.

En ningún país del mundo se celebra como fiesta nacional el aniversario de alguna victoria, y menos aún cuando ha sido obtenida en alguna guerra civil. Sólo á la camarilla de aduladores de nuestro actual gobernante le ha ocurrido tal cosa.

El General Díaz, en cuanto á gloria militar, puede estar satisfecho con la suya, indisputable y meritísima, y no necesita que sus aduladores revistan con falso brillo sus acciones de armas, porque éste, dada su mala ley, siempre resultará pálido al lado de la verdad.

Ningún país como Francia cuenta en su historia páginas más brillantes escritas por sus ejércitos victoriosos; ninguna nación ha obtenido triunfos más portentosos, victorias más gloriosas y trascendentales, y sin embargo, el único día que se celebra en Francia como fiesta nacional, es el 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, primer paso dado por el pueblo francés para conquistar su libertad.

Hemos insistido sobre lo anterior, porque escribimos en una época en que la adulación intenta hacer del General Díaz un semidiós, pretendiendo que no hay otro hombre capaz de igualarle en sus dotes extraordinarias. Todos sabemos que lo comparan con Napoleón y Washington, que le declaran más grande que Bolívar, y deducen que la Nación tiene para él una deuda de gratitud que nunca le podrá pagar, y precisamente por ese motivo, queremos aquilatar sus méritos, para saber igualmente cuanto le debe aún la patria.

Una vez evacuado el territorio nacional por los ejércitos invasores y destruidas las fuerzas de traidores que intentaron sostener el llamado imperio, volvió el gobierno de Juárez á la Capital de la República.

Había pasado ya la tremenda tempestad que por cinco años asoló el suelo patrio.

La Nación Mexicana había salido victoriosa de una con-